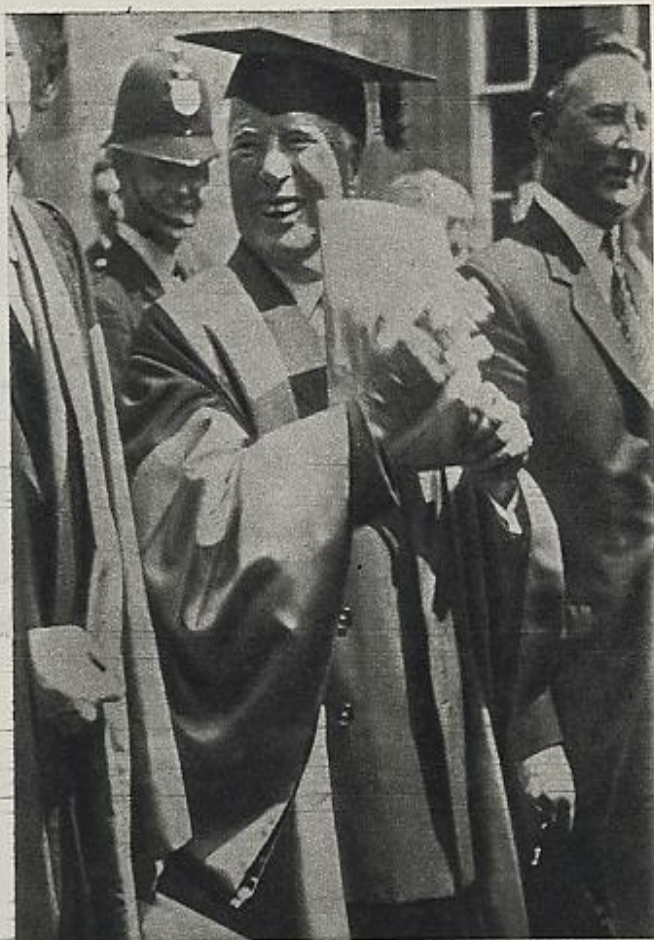


EL DOCTOR CHAPLIN

LOS nostálgicos tendrán por increíble y absurdo este reportaje gráfico. Charles Chaplin recibe en Oxford su título de doctor. El Chaplin de la vieja época, el Charlie que Hollywood —el Hollywood de los primeros aventureros— convertiría en «Charlot», ascendiendo a la jerarquía de arquetipo, el antiguo doctor en cien-

cias de la vida, se ha transformado en gran personaje social, con toga y birrete, con solemnes discursos de circunstancias, exaltación retórica y liturgia académica. A primera vista parece como si el mundo de las grandes palabras lo hubiera devorado, incorporándolo a su museo intemporal y aséptico, vaciando su personalidad



charlot en oxford



liturgia académica: el «té de la simpatía»

del contenido humano que lo sostenía míticamente.

Porque la verdad es —y nadie se atrevería a discutirlo— que hay un mito «Charlot», que hay una interpretación generalizada de su personaje, a la que él, el hombre Charles Chaplin, se ha venido sometiendo, acaso incómodamente, porque constituía en cierto modo su destino. Un destino, por lo demás, lúcidamente asumido. Alguien podrá argüir que tal mito está exigiendo a gritos una revisión, que convendría bucear en el fondo de su figura de genial cómico, el más grande, sin duda, que el cine ha producido, para encontrar el auténtico sentido de su humanismo. Ciertamente, no ha eludido ningún requerimiento, ninguna empresa positiva a la que su nombre pudiera sumar la ancha y sólida fama ganada en la destrucción, por el camino de lo poético, del injusto universo de su tiempo. De sus dos vertientes, la artística y la humana, ¿cuál es la que más pesa a la hora de definirlo? ¿Nos quedaremos con el anarquizante Charlot de «Tiempos modernos» debatiéndose, absurdo, contra un ilógico y deshumanizado maquinismo? ¿Preferiremos el «Charlot», hombre inseguro y vacilante, hundido en las mil grandezas y miserias de la vida cotidiana?

Por lo pronto nos decidimos, sin más, en favor del gran cómico de los films mudos, el espontáneo artista de tantas secuencias felices. La simpatía que sentimos por este flamante doctor «honoris causa» oxfordiano, nace allí, en la ridícula peripeia del hombre del bombín y el bastón, tan lejano ya, cuando nos situamos en esta nueva perspectiva, abierta por la toga, el birrete y la taza del «té de la simpatía». Hura, anacrónica y formalista simpatía.